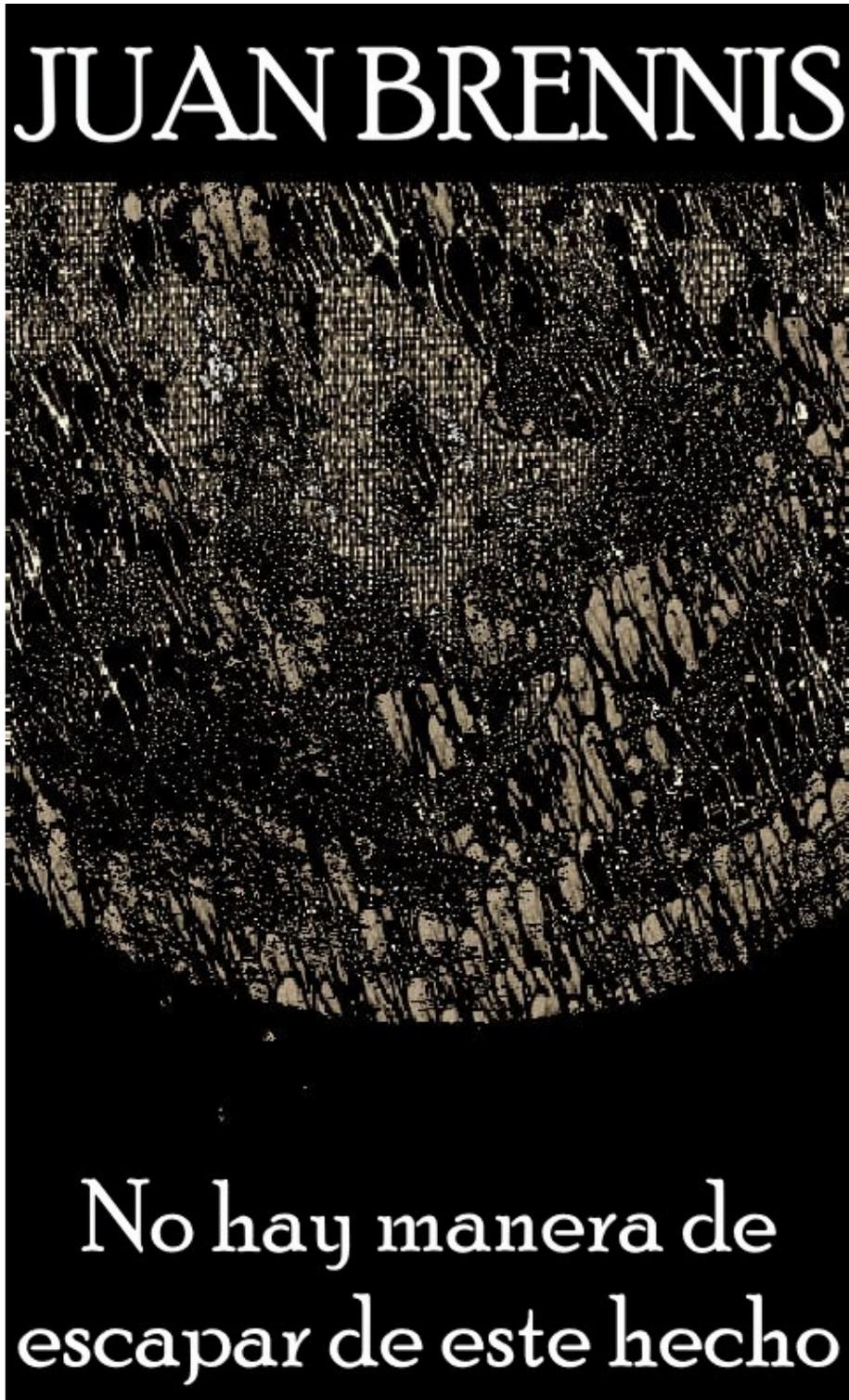


No hay manera de escapar de este hecho

Juan Brennis



Capítulo 1

La luz venía de un pequeño televisor encima de una mesa que en cualquier momento se partiría en dos. En el sillón había un hombre. No sé qué edad tenía, y me lo preguntaba, y tal vez por eso me gritó qué quería, con voz afónica y distante, rasposa, casi muerta. Estaba enojado, no sé si conmigo o con la vida. En la mano izquierda tenía un pote de dulce de leche y en la derecha un pedazo duro y mohoso de pan, que hundió en el pote de dulce de leche y después se lo metió en la boca, una boca de dientes negros y encías rojas con puntitos blancos. Durante un rato, chupó el dulce del pan, mirando la tele con sus ojos enormes. Pan mordido, pote con dulce de leche, boca de dientes podridos... y repetía el proceso, sin sacar la vista del televisor.

Era una noche fría y la casa no tenía calefacción. Empecé a temblar. Me sentía como si hubiera cruzado el límite de lo posible e imaginario. Una enorme barrera en mi mente no me dejaba moverme del lugar. Estaba separado de la propia realidad, y le pedí al hombre si me dejaba dormir esa noche en su casa. Me respondió señalando el cajón de un escritorio y después una puerta.

Caminé por el pasillo, en la mano tenía la vela que encontré en el cajón, y que había prendido con un encendedor viejo, casi sin gas; abrí la puerta y la cerré detrás de mí. Había un agujero enorme en el suelo, apenas tenía espacio para acostarme, y me acurruqué en un rincón.

Pensé en qué podía haber en el fondo de ese agujero, del cual subía un vaho caliente y algún que otro ruido, pero leve, que ignoraba. No me animé a mover la vela para alumbrar en la oscuridad y descubrir qué pasaba abajo, porque al entrar, apenas abrí la puerta, el reflejo de la llama iluminó brevemente algo que se movía.

Y me costó dormir, obviamente, porque tenía miedo de caerme, pero en algún momento lo hice.